



FERMÍN MUÑOZ:

El cañonero **DE LAS DOCE**

Tiene 70 años y desde hace 20, religiosamente, carga su cañón todos los días para avisarles a los santiaguinos que el reloj marca las doce en punto. El artillero oficial del cerro Santa Lucía no se permite atrasos ni fallas, y está convencido de que su trabajo es parte del folclor nacional.

Por Cristóbal Dumay • Fotos Alexa Reyes



"Miro el reloj y veinte para las doce subo a cargar el cañón. Para no equivocarme ando con dos relojes, uno en cada muñeca. No puedo confiar sólo en uno."

Siempre he trabajado jardineando en todas las plazas de la comuna de Santiago, desde hace 43 años. Empecé en el parque Bustamante el año 64 regando, sembrando y podando. Como artillero empecé en 1985 ó 1986, no lo recuerdo con exactitud. Primero era el ayudante del artillero de entonces. Él se jubiló en 1996 y quedé como el artillero oficial. Todos los días me vengo cerca de las diez y media de la mañana. A las once estoy en el cerro Santa Lucía. Subo. Reviso que todo esté en orden. Descanso. Miro el reloj y veinte para las doce subo a cargar el cañón. Para no equivocarme ando con dos relojes, uno en cada muñeca. No puedo confiar sólo en uno. Una vez me falló; desde ese día ando con dos.

"La historia del cerro era muy bonita. Según el propio Charles Darwin este lugar era un peladero. Fue forestado a fines del siglo XIX por don Benjamín Vicuña Mackenna, intendente de Santiago, quien trajo tierras desde La Dehesa y de otras partes para plantar árboles. Gastó una fortuna en generar este pulmón para Santiago. De hecho, tengo entendido que murió pobre, al punto que no tuvo dinero ni para su propio funeral. Era un filántropo que yo admiro mucho.

"Según narra la historia, cuando Diego Barros Arana (1830-1907) era un niño ya escuchaba el cañonazo de las doce. El primer disparo fue en 1824. Originalmente el disparo se pensó para avisar que había que ir a misa o que había que ir a almorzar. Antes casi nadie tenía reloj, entonces el cañonazo era

de utilidad para la mayoría de los capitalinos. De hecho, el primer artillero se orientaba con la ayuda de un reloj de sol. El problema lo tenía los días nublados. Entonces apareció un relojero que trabajaba en la intersección de las calles Miraflores con Monjitas. Este señor salía a la calle con dos banderolas rojas que agitaba como un loco. Cuando el artillero lo veía desde el cerro, disparaba.

"Yo ocupo un cañón que fue fabricado en 1910, pero el primero data de 1816. Al primer cañón lo ronda una trágica historia. Don Juan Bautista Larenas era el artillero de entonces. Y para el año nuevo de 1916, con la idea de que fuera un disparo especial, le puso doble carga. El cañón era como esos de piratas que se cargan por la boca, se prende una mecha y revienta. Pero esa noche no resultó como él quería. Prendió la mecha y fue lo último que hizo. Murió.

"El 12 de febrero de 1996 vino don Jaime Ravinet, entonces alcalde de Santiago, a disparar el último cañonazo de las doce. En ese momento estaba muy de moda el tema de la contaminación en general y la acústica no era la excepción. Así, influenciados por la prensa, los vecinos comenzaron a mandar cartas de reclamo a la municipalidad. Esa fue la primera vez que se dejó de disparar el cañonazo, además de 1973, cuando fue el Golpe. Recuerdo que vino mucha gente a preguntar por esta tradición. Yo estaba muy triste. Porque todas las personas que hacen un trabajo lo hacen con cariño, al menos yo lo veo así. Un día vino el periodista Alipio Vera y me preguntó qué significaba la pérdida del famoso disparo de las doce. En palabras textuales le dije: 'Para mí el cañón de las doce es parte del folclor nacional' y todo el mundo

me encontró la razón. Sin él, a la gente le falta algo. A Santiago le falta algo. Finalmente, también por medio de cartas, el 12 de junio de ese mismo año el cañonazo volvió a sonar, con la salvedad de que la carga del cañón sería de menor tamaño, para así reducir la cantidad de decibeles de la explosión. Además, ahora se dispara de lunes a viernes, a diferencia de antes, que se hacía todos los días. Y también se disparaba para conmemorar fechas, por ejemplo, el Combate Naval de Iquique se recordaba con veintiún disparos. Eso ya no se hace.

"¿Problemas? Sí, pero muy menores. Porque como soy precavido y llego casi dos horas antes, los puedo resolver. Una vez me encontré con que los candados estaban tapados con palitos de fósforo, pero en unos minutos lo pude solucionar. Pero la peor de todas fue una vez que saliendo de mi casa me caí en un hoyo. Quedé con un dolor tremendo en la pierna. Pensé que pisando firme se me quitaría. Pero nada. En la micro sufrí mucho. Nadie me dio el asiento. Llegué al cerro y comencé a subir. Cada paso que daba intensificaba más el dolor. Me puse frente al cañón. Introduje la carga y lo disparé. Luego, a duras penas, bajé hasta llegar al ascensor. En ese momento caí al piso. No podía más. Con mis últimas fuerzas, no sé cómo, me subí a un taxi que me llevó hasta la Mutual de Seguridad. Diagnóstico: fractura de tibia y peroné. Cinco meses en cama y con yeso. Terrible. Otro problema que tuve fue una vez que el cartucho que puse se *chingó*. Gracias a Dios, siempre tengo uno de reserva escondido en un lugar secreto. Eso sí, esa vez me atrasé. Pude disparar cerca de las doce con dos minutos." **EC**

